Antón Costas

Ética política de la independencia

Puede un gobernante sacrificar el estado de las cosas existente en un momento concreto por un objetivo político de largo plazo de beneficios económicos y sociales inciertos? En todo caso, ¿qué criterio debería seguir para elegir esa opción?

Esta cuestión es de validez general para todas las democracias. Pero su vigencia es mayor en un momento en el que estamos viendo que vuelven opciones políticas que buscan cambiar radicalmente el orden político y económico vigente desde la posguerra. Son cuestiones que corresponden al terreno de la ética política práctica. Por tanto, no se relacionan tanto con lo que un gobierno hace como con lo que *debe* hacer.

Mi interés, sin embargo, tiene una motivación más cercana en el espacio y más urgente en el tiempo. Se trata del anuncio del Gobierno de la Generalitat de llevar a cabo un nuevo referéndum y otras iniciativas políticas unilaterales con la finalidad de lograr la independencia de Catalunya.

¿Cómo podemos evaluar desde la ética política práctica la idoneidad de esta acción? Mi preocupación surge al ver que en el debate en curso predominan los planteamientos tacticistas, basados en la astucia y en el oportunismo político más que en un argumento de ética política. No veo un debate serio y riguroso que permita a los ciudadanos y a los actores políticos elaborar preferencias racionales acerca de la conveniencia de sacrificar estados de bienestar presentes, más o menos satisfactorios, por una opción política futura de beneficios inciertos.

Lo lógico sería que esas preferencias se apoyasen en algún tipo de análisis de los costes de la actual situación comparados con los beneficios esperados de la nueva situación política futura. Una decisión racional sería aquella en la que los beneficios futuros superasen con creces los posibles costes de la situación política actual. El problema de este tipo de análisis es que es más fácil identificar los costes e incomodidades de la actual situación que los beneficios futuros de la nueva. El cálculo racional de estos beneficios se tiene que hacer en escenarios de riesgo, incertidumbre e ignorancia. Podemos identificar algunos riesgos de una hipotética independencia unilateral y tratar de cuantificar sus costes. Uno de ellos sería la salida, aunque sea temporal, de la Unión Europea y del euro.

> La prudencia en la evitación del riesgo innecesario debe ser uno de los objetivos básicos de los gobiernos

JOSEP PULIDO

Pero la incertidumbre que rodearía un evento de este tipo no nos permite identificar otro tipo de riesgos que sin duda aparecerían.

¿Qué hacer en esta circunstancia de riesgo, incertidumbre e ignorancia? Sólo se me ocurre reivindicar la virtud de la prudencia. A decir de Adam Smith y otros pensadores clásicos y modernos, la prudencia en la evitación del riesgo innecesario debe ser uno de los objetivos básicos de los gobiernos. Hannah Arendt, la filósofa política que ha analizado los orígenes del totalitarismo en la Europa, ha señalado que no es función de los gobiernos inventar el futuro, sino gestionar el estado actual de las cosas para aumentar la felicidad y mejorar las condiciones de vida de sus ciudadanos.

En este sentido, tengo para mí que la atención prioritaria, cuando no exclusiva, del Gobierno de la Generalitat hacia el proceso independentista pueda estar descuidando la gestión de las cosas cotidianas que de una manera directa e inmediata afectan a las condiciones presentes de vida de muchas personas. Ya sea como efecto de ese descuido político o de la propia crisis económica, el hecho cierto es que algunos datos sobre los estados de bienestar en Catalunya no son del todo halagüeños. Así el índice de progreso social de reciente publicación, un indicador que va más allá del PIB, y que mide variables como la cobertura de las "necesidades humanas básicas", los "fundamentos del bienestar" o el "índice de oportunidades" muestra una pérdida de posiciones de Catalunya. Esto no es una buena señal. Otras comunidades autónomas españolas con el mismo marco político y con niveles iguales o inferiores de renta obtienen mejores resultados en esos indicadores.

¿Significa todo esto que hay que sacrificar las legítimas aspiraciones de una buena parte de la ciudadanía catalana a un mejor autogobierno y, en su caso, a la independencia? No. Pero sí que hay que conducirlas con prudencia política.

En todo caso, como ciudadano que busca una cierta racionalidad a las preferencias y decisiones políticas, me gustaría que se planteara el debate acerca de en qué medida es deseable sacrificar el estado actual de las cosas, con sus beneficios y costes conocidos, en favor de un objetivo político futuro de beneficios inciertos. Es decir, la ética política de la independencia.●

A. COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

Pilar Rahola

Radicalismo estéril

Los dos radicalismos se alimentan mutuamente y hacen una simbiosis perfecta. Por una parte, el Estado dinamita las opciones políticas, pervierte al Constitucional, judicializa el proceso y persigue activistas políticos por ejercer la libertad de expresión. Lo decía el profesor Queralt en un tuit clarificador: "Ninguna base jurídica para que romper o quemar una foto del rey sea delito. Al mismo nivel que la monarquía feudal de Marruecos". Como ha pasado siempre en la historia de Catalunya, la reacción del Estado nunca es política y siempre es represiva.

Pero, al tiempo, en un círculo vicioso perfecto, también es un clásico la derivada radical de los sectores extremos de la lucha catalana, una derivada que históricamente sólo ha servido para dar alas al Estado. Prat de la Riba, uno de los pocos estadistas de Catalunya, bautizó este comportamiento como el "radicalismo estéril", a raíz de la Setmana Tràgica de 1909, y como ejemplo pertinente, este fragmento de su artículo en *La Veu de Catalunya*: "El espíritu de violencia, común a todos radicalismos, en el radicalismo de abajo, es motín, es revolución, es terrorismo; en el de arriba, en el radicalismo conservador, la apología del gobierno de la fuerza, de la dictadura". Y aunque ha pasado un siglo, no ha variado mucho la tendencia a la desmesura de unos y otros.

> Los dos lados de la trinchera se retroalimentan, mientras la revolución de las sonrisas se dinamita

¿Qué saca el Estado criminalizando a jóvenes radicales por quemar la foto de un rey? Saca ruido, conflicto, imagen de poder y, no lo olvidemos, fragmentación del bloque catalán. ¿Y qué sacan los cuperos montando el número de las fotos reales? Sacan ruido, conflicto, épica de bolsillo y, no lo olvidemos, fragmentación del bloque catalán. Es decir, los dos lados de la trinchera se retroalimentan, mientras la revolución de las sonrisas se dinamita. El gran problema es que el intento de plantear el derecho a la autodeterminación desde posiciones políticas y parlamentarias queda contaminado por la estrategia de la acción-reacción. Una estrategia que nutre las bases de los dos extremos pero deja huérfanos los espacios centrales.

Radicalismo estéril, decía Prat de la Riba, y el término no puede ser más preciso. Es un radicalismo estéril que no produce nada ni nos conduce a ningún sitio, pura estética de barricada que alimenta las ansias épicas adolescentes pero nos aleja de la inteligencia política, además de ser una batasunización impropia. Y el Estado, encantado de la vida, porque en la acción-reacción es donde mejor nadan los tiburones.

Acabo con otra reflexión, ahora de Joan Maragall, también de 1909: "El Gobierno, queriendo promover una acción de Estado, provoca una revolución; pero como el pueblo no tiene fuerza para hacer una revolución, deja que sus elementos más insanos hagan un jaleo; y los alborotadores son vencidos, no por la fuerza pública, sino por el puro cansancio de este tipo de guerra". Tan antiguo y tan actual.●

Jordi Llavina

Encerrados en un coche

Cierto día de la semana pasada iba de regreso a mi casa, cabizbajo y meditabundo, con mi inseparable maletín columpiándose en la mano derecha, cuando entré en el callejón donde moro. Se accede a él desde los soportales de una plaza que se asemeja a una calle, tras pasar por debajo de una casa antigua que forma una especie de arco (en verdad, lo más alejado que uno pueda concebir de la idea de uno de triunfo). Mascábamos ya esos minutos del día en que el espíritu del atardecer empieza a anochecer, y las sombras se adueñan del suelo y del aire.

De repente, oigo que alguien me saluda, a mi espalda. Al volverme, vi a una vecina amiga, que me indicaba algo señalando hacia el garaje donde estaciona su coche. Allí dentro había un automóvil familiar –el de su hija– y, dentro de él, sus dos preciosos nietos, rubios como el trigo semanas antes de la cima de su madurez. Por lo visto, el mayor de los niños, de unos tres años, se había quedado con el mando en la mano, y, manipula que manipularás, había conseguido encerrarse –a él y a su hermana–, sin que, desde fuera, nada se pudiera hacer. La madre, hija de mi amiga, había salido en busca de la llave de recambio del coche, sita en un cajón de su casa. No había nervios dentro ni fuera del vehículo, ningún dramatismo. El cristal de las ventanas me pareció inusualmente ahumado. El niño, sentado en su sillita, contemplaba el exterior con una gran serenidad. La niña estaba algo más intranquila, y me pareció que se removía en su asiento, intentando deshacerse del incómodo cinturón de seguridad. Mientras estuve allí, no hubo conato de lloro. Todo lo más, algunos grititos.

La imagen de los dos críos encerrados en el coche me acompañó durante un buen rato. Recuerdo que mientras la abuela se mantenía frente a la ventanilla, la calma era casi absoluta. Sin embargo, en cuanto desaparecía, la niña estaba un tanto inquieta (no así el mayor que, tras su travesura, demostraba una gran entereza de ánimo). Como ese par de hermanitos inocentemente encerrados en un coche estamos todos puestos en el mundo. La verdad suele quedar tras un cristal oscurecido o empañado. No siempre existen abuelas que nos protejan. Hay quien se consuela hablando a Dios, y quien se mantiene –digno y riguroso– al margen de la fe, convencido de que más allá de la ventana no existe sino la nada, no se da más que el vacío.●